



LA PROPUESTA CARITATIVA Y SOCIAL DE LA IGLESIA ANTE EL RETO DE LA CRISIS

XVIII CURSO DE FORMACIÓN EN DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA
MADRID, 15-17 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Ramón Prat i Pons
Profesor de la Facultad de Teología de Cataluña

INTRODUCCIÓN.

En las ponencias anteriores de este XVIII Curso de Doctrina Social de la Iglesia, se ha descrito y analizado la magnitud de la crisis actual, desde la perspectiva cultural, social, económica y política. En esta ponencia iniciaré una reflexión antropológica y teológica. Se trata de contemplar la situación actual, desde la perspectiva del proyecto de Dios sobre la historia,¹ es decir, desde la dignidad de la persona, imagen de Dios, que se concreta en el derecho y el deber de cada persona a vivir con igualdad y armonía, dentro de una sociedad justa y abierta a la fraternidad.

La situación actual nos ofrece un momento privilegiado para realizar esta reflexión teológica, porque la última encíclica de Benedicto XVI --*Caritas in Veritate*-- es una lección magistral sobre la antropología integral del ser humano y, también, actualiza y desarrolla la enseñanza social de la Iglesia a partir de la doctrina anterior y, especialmente, de la Encíclica *Populorum Progressio*. En definitiva, ofrece la propuesta caritativa y social de la Iglesia ante el reto de la crisis actual.²

Realizaremos esta contemplación teológica utilizando la metodología de la “lectura creyente de la realidad”. Este método teológico, en un primer momento, consiste en mirar atentamente a la realidad antropológica y social, para detectar los retos y los signos de esperanza que se manifiestan en la misma y que desafían al futuro de la humanidad y a la misión de la Iglesia en el mundo.³

En un segundo momento, realizada esta mirada atenta hacia los hechos reales, este método teológico elabora un discernimiento de la situación vivida, desde las claves del proyecto de vida y de humanidad, que los evangelios sinópticos llaman “*el Reino de Dios*”, que en lenguaje de San Pablo es descrito como “*la Nueva Humanidad*” según el evangelio y que, en lenguaje contemporáneo, y con todos los respetos, podemos titular “*el plan estratégico*” de Dios sobre la historia.

Finalmente, observada atentamente la realidad y discernida evangélicamente, el método teológico de la *lectura creyente de la realidad*, concluye su dinamismo reflexivo, seña-

¹ La carta-encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, afirma que este proyecto de Dios sobre la historia, concretado para nuestro tiempo, inmerso en una crisis de civilización, se resume en la necesidad urgente de “*promover un desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad*”. Fiel a la gran tradición de la Enseñanza Social de la Iglesia, especialmente, de la Encíclica *Populorum Progressio* de Paulo VI, pone el acento en este desarrollo humano integral, sin la dicotomía de separar la acción de la reflexión, la caridad de la verdad. Cfr. La edición de la encíclica en español, dentro de *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 10 de julio de 2009

² Ver la ponencia de desarrollé en el *VI Congreso Hispano-Latinoamericano y del Caribe de Teología sobre la Caridad*, con el título: “El ministerio de la caridad en un mundo globalizado. Caridad y evangelización”, publicada en la revista *Corintios XIII*, 121 (2007) 239-252.

³ Ramon Prat i Pons, “La misión de la Iglesia en el mundo”, Editorial Secretariado Trinitario, Salamanca, 2005. Ver el capítulo VIII sobre “Lectura Cristiana de la Realidad”, p. 127-145.

lando algunas directrices operativas o líneas de acción transformadoras de la situación presente.

En el primer capítulo de la ponencia, que titularé “*El respeto, o la mirada atenta al fondo de la crisis*”, intentaré realizar una aproximación a la situación presente, para describir algunos de los elementos antropológicos clave que la configuran, las causas y, también, las consecuencias que la originan y la sostienen. Este análisis nos conducirá a formular los retos y signos de esperanza socioculturales, psicoafectivos y evangélicos que emergen de la entraña de la crisis que vivimos.

En el segundo capítulo de la exposición, que titularé “*El discernimiento desde el horizonte de las bienaventuranzas, operativas en las obras de misericordia*”, buscaremos unos criterios a la luz del evangelio y de la enseñanza social de la Iglesia, que nos ayuden a diagnosticar la situación y a orientarnos correctamente hacia el futuro.⁴

En un tercer momento, que titularé “*El singular concreto o la levadura en la masa*”, sugeriré algunas directrices operativas que pueden dar hondura y consistencia a la acción transformadora de la realidad social, desde la más pequeña y sencilla actuación personal, hasta el compromiso social más complejo y de orden estructural.⁵

En un cuarto apartado, finalmente, propondré algunas actitudes vitales para asumir el desafío presente con radicalidad, pero con serenidad, con esperanza e, incluso, con buen humor. En la conclusión, recapitularé la reflexión seguida a lo largo de todo el discurso, desde la clave vital de la *esperanza entendida como misterio*.

I.- EL RESPETO, O LA MIRADA ATENTA AL FONDO DE LA CRISIS (Lc. 12, 54-56).

Una mirada atenta al fondo de la crisis actual nos hace descubrir que hay que superar una mirada parcial y superficial, que se limita a observar los aspectos económicos, sociales, culturales y políticos de la crisis. Ha llegado el momento en el que, para hacer frente a la situación real es urgente abrirse a una mirada antropológica integral más global. El momento presente, como ya se ha descrito, es muy complejo y no se puede simplificar la mirada sin perder de vista la realidad.

⁴ Ver el breve artículo “Otro mundo es posible. La crisis actual ¿una oportunidad para la esperanza?”, publicado en la revista *Càritas*, 502 (2009) p. 5-6.

⁵ Siguen siendo vigentes las propuestas operativas, y su fundamentación, teológica espiritual y pastoral, planteadas por la Comisión Episcopal de Pastoral Social y la LX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, con el título de “La Iglesia y los pobres” y “La caridad en la vida de la Iglesia”, PPC, Madrid, 1994.

De hecho, una mirada respetuosa con la realidad,⁶ nos hace descubrir que las mujeres y los hombres que vivimos en el mundo occidental, al mismo tiempo que nos toca afrontar los hechos inmediatos de la coyuntura presente, también y urgentemente, tenemos que elaborar tres grandes transformaciones sociales, que a primera vista son independientes pero que están íntimamente relacionadas.

En primer lugar, estamos integrando y elaborando un progreso exterior de alcance imprevisible, que afecta a la ciencia, a la técnica, a la economía, la cultura, el arte y las relaciones sociales cotidianas e internacionales. A parte de esta elaboración antropológica compleja, al mismo tiempo, sabemos que el uso de este progreso beneficia a una minoría de personas de nuestra sociedad y que esta generando unas nuevas injusticias que afectan a la gran masa de la humanidad, especialmente, a los países más pobres. Por mucho que miremos hacia el otro lado, sabemos que estamos edificando un mundo sobre la mentira o, dicho de otra manera, sobre las verdades a medias. Esta mentira social está en el origen de gran parte de las violencias existentes en el mundo contemporáneo. Como resultado final, la edificación de la sociedad sobre la mentira y esta violencia social nos está aislando a los unos de los otros. Este aislamiento nos conduce a la soledad y a la falta de diálogo para resolver los problemas candentes de nuestro tiempo.

En segundo lugar, a menudo las personas vivimos esta situación de falta de verdad social, con un fuerte miedo a pensar, a amar y a ser cada uno el mismo. Este miedo personal y colectivo nos bloquea y nos aísla en la soledad. La falta de silencio interior y de comunicación con los demás, paraliza la capacidad de analizar y comprender esta situación general. En definitiva, esta falta de comprensión está generando en muchas personas unas nuevas dependencias psicoafectivas que obstaculizan la vivencia de la libertad.⁷

Finalmente, en tercer lugar, el proceso de secularización y pluralismo social, también nos ha conducido a tomar conciencia de que la vivencia de la fe cristiana, a veces, no estaba suficientemente edificada en lo que es esencial. Al fallar los cimientos culturales tradicionales,⁸ que la sostenían, hemos entrado en una crisis que no afecta solamente a los elementos secundarios de la vivencia religiosa, sino a sus bases existenciales y, en definitiva, a la "roca del ser".⁹

⁶ La palabra "*respeto*", viene de la latina "*respicere*" y significa "*mirar atentamente*". Por tanto, no hay que confundir el término respetar con una mera tolerancia pasiva, sino que hay que completar la actitud tolerante con una actitud activa, participativa y comprometida. Ver el libro de Josep M. Esquirol, "*El respeto, o la mirada atenta*", Gedisa Editorial, Barcelona, 2006.

⁷ Aunque hace mucho tiempo que fue publicado, hay que volver a leer el libro de Erich Fromm, "*The fear of Freedom*", Routledge & Kegan Paul Ltd., 1942. El análisis psicosocial de este libro y de las publicaciones posteriores del autor mantiene una gran actualidad.

⁸ El evangelio de San Mateo, sitúa esta "roca del ser" en "escuchar y poner en práctica la Palabra de Dios" y no en el racionalismo y el moralismo. Mt. 7, 24-27.

⁹ Entendemos por "roca del ser" al fundamento que permanece en última instancia, cuando van cayendo todas las seguridades que, aparentemente, le daban consistencia. Mt. 7, 24-27.

Ante la complejidad de esta situación de cambio de época en el orden sociocultural, psicosocial y evangélico, han ido emergiendo diversas líneas de investigación y acción, que tienen su valor, pero que al trabajar aisladas no ofrecen un resultado suficientemente satisfactorio. Es urgente superar esta dispersión y crear unas sinergias que nos permitan alcanzar unos resultados más creativos a largo plazo.¹⁰

En el terreno de la reflexión teológica, un primer camino de búsqueda se manifiesta en la gran cantidad de debates y de críticas a la religiosidad que la gente hace a partir de los problemas concretos de la vida, o bien a partir de los debates sociales. Es una reflexión, tal vez expresada sin precisión de lenguaje e, incluso, con un lenguaje contradictorio, pero que se da y está aquí. Esta búsqueda, a pesar de todos sus límites, genera una cierta teología que podemos llamar espontánea, concreta, inductiva y sin orden. Sin embargo, no se puede despreciar los deseos, las preguntas y las intuiciones que plantea.¹¹ Estas preguntas e intuiciones, también, son materiales útiles para la teología, porque ofrecen algunos de los signos de los tiempos y nos sitúan de verdad ante la realidad diaria. Este talante teológico de aceptar las críticas de la gente de la calle, responde a la urgencia de vivir la opción preferencial por los pobres también en el ámbito intelectual, porque la sencillez brota de la entraña del evangelio.¹²

Un segundo camino de elaboración de un lenguaje teológico renovado capaz de afrontar la crisis actual, es el que se va produciendo en la investigación y la docencia de la teología académica universitaria. En este aspecto, hay que afirmar que actualmente se da una reflexión teológica importante en cantidad y en calidad. Sin embargo, esta tarea frecuentemente no llega ni al gran público y, lo que es más preocupante, tampoco llega a las ágoras mundiales del debate antropológico, social y espiritual de la búsqueda del sentido de la vida. Esta desconexión no se debe a la falta de calidad de la reflexión teológica académica, sino que entre otras causas, responde a la dificultad de comprensión del lenguaje teológico ordinario para la gente de nuestro tiempo.¹³

¹⁰ El Concilio Provincial Tarraconense, celebrado el año 1995, en las resoluciones de la primera parte y, especialmente, en la primera resolución, aporta muchos elementos en vista a esta cooperación. Ver *Concilio Provincial Tarraconense. Documentos y resoluciones*, Editorial Claret, Barcelona, 1996.

¹¹ Ver el artículo de Jean-Guy Nadeau, *Une méthodologie empirico-hermeneutique*, dentro de la obra en colaboración, *Precis de Théologie Pratique*, Novalis-Lumen vitae, Bruxel-les, 2004, p. 221-236. Ver, también, el artículo de Anne Pénicaud, *La lecture sémiotique sert-elle a quelque chose?. Semiotique et théologie*, en la revista *Sémiotique et Bible*, 125 (2007) 30-52.

¹² Jon Sobrino, *El principio de misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos oprimidos*, Sal Terrae, Santander, 1992; Johann Baptist Metz, *La fe en la historia y la sociedad*, Cristiandad, Madrid, 1979; Memoria Passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista, Sal Terrae, Santander, 2007, p. 70-76.

¹³ Actualmente hay muchas publicaciones teológicas, fruto de un gran esfuerzo académico. Sin embargo, esta producción no consigue una difusión adecuada que la sitúe en su lugar correcto. Por esta razón, por desgracia, la teología todavía está poco presente en el ágora universitaria. Las preguntas universitarias están presentes y la reflexión teológica también, pero faltan puentes que faciliten el encuentro y el diálogo. Ver el discurso de Juan Pablo II en la UNESCO (2 de junio de 1980), *El hombre y la cultura*, donde describe esta necesidad de construir puentes entre la fe y la cultura, y presenta la encarnación cristiana

Entre el debate espontáneo de la calle y la reflexión teológica académica existe una distancia que no es buena ni para la reflexión espiritual espontánea, ni para la teología académica. La teología académica ha de acoger con humildad las preguntas existenciales, y la gente necesita la reflexión de la teología académica para orientar su búsqueda espiritual vital. La metodología teológica de la *lectura creyente de la realidad*, practicada con constancia y profundidad, puede ofrecer un puente de encuentro entre la reflexión espontánea y la teología académica. Es una metodología que, como ya he afirmado antes, puede ser utilizada a niveles diversos, es decir, desde el más sencillo hasta el propio de la elaboración de una tesis doctoral o de una publicación estrictamente científica.

Cuando somos capaces de hacer un puente y unir la reflexión espontánea con la de carácter sistemático, tomamos conciencia que la realidad actual es mucho más compleja de la que parece, y que nos plantea una constelación de retos y de signos de esperanza de orden sociocultural, psicoafectivo y evangélico.¹⁴

Efectivamente, en primer lugar, la crisis actual nos plantea unos retos y unos signos de esperanza socioculturales, que son los que emergen del contexto antropológico y social en el que vivimos. Estos retos y signos de esperanza se resumen y confluyen en un ambiente de amenaza social pero, al mismo tiempo, de emergencia de una nueva oportunidad histórica para el cambio de la sociedad. Esta nueva situación social ha quedado bien reflejada en las conclusiones del VI Informe FOESSA y, especialmente, en los nuevos indicadores del cambio social descritos en este informe sobre la exclusión y el desarrollo social en España 2008.¹⁵

En segundo lugar, este entorno sociocultural, es vivido por cada persona de una manera diferente, pero en complicidad con unos retos y signos de esperanza psicoafectivos internos característicos de nuestro tiempo. Ciertamente, en la época actual las personas nos movemos entre una tendencia al narcisismo, que nos conduce al aislamiento afectivo hacia los demás y, al mismo tiempo, el sentimiento de una necesidad urgente de comunicación, que nos exige una apertura interior a la alteridad para poder sobrevivir. Esta nueva conciencia de superación del narcisismo hacia la alteridad, está generado en algunas personas la conveniencia de iniciar la búsqueda de un nuevo humanismo, todavía latente, pero que se irá abriendo paso en la configuración del futuro de la sociedad.

como un camino de encuentro. Ver, también, el capítulo tercero de *Evangelii Nuntiandi*, 25-30, en el que relaciona la fe con el compromiso por la justicia y la liberación.

¹⁴ La última década, de manera sistemática, he investigado las constantes de los retos y signos de esperanza socioculturales, psicosociales y religiosos de grupos muy diversos, a nivel local, nacional e internacional. Esta observación metódica y sistemática de la realidad muestra las claves de los desafíos presentes y del futuro inmediato de la humanidad y de la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

¹⁵ Fundación FOESSA Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada, "VI Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008", Madrid, 2008, pg. 61-64.

Los retos y signos de esperanza socioculturales y psicoafectivos que he descrito, en el fondo de sí mismos, muestran cada vez más la necesidad de la vivencia de unos valores y virtudes espirituales, religiosas e, incluso, evangélicas. Solamente esta vivencia de unos valores espirituales, puede poner las bases para la comunicación y la superación de la egolatría autosuficiente que nos aísla a los unos de los otros. Eliminada la trampa de la egolatría, podemos abrirnos a la alteridad y, también, a la verdadera religiosidad, que consiste en adorar de Dios “en espíritu y en verdad” a través del amor a las personas como elemento clave de la autoestima.¹⁶

II.- EL DISCERNIMIENTO DESDE EL HORIZONTE DE LAS “BIENAVENTURANZAS”, OPERATIVAS EN LAS “OBRAS DE MISERICORDIA”.

La Iglesia tiene experiencia histórica de la emergencia de crisis periódicas y de cambios de época en el dinamismo interno de la humanidad. En sus inicios tuvo que trabajar intensamente para realizar su misión evangelizadora y, finalmente, ser aceptada y respetada dentro del Imperio Romano. Posteriormente, pasó por la crisis y caída del Imperio Romano y realizó una nueva evangelización dentro del proceso de la construcción de la Europa Medieval. Más adelante, tuvo que realizar una nueva evangelización ante el cambio del Mundo Moderno de la racionalidad y de la ciencia. Se enfrentó a nuevos desafíos procedentes de la revolución científica, industrial, obrera y social. Actualmente está inmersa en una “hipermodernidad”, marcada por la globalización, la aceleración de la vida social, la nueva galaxia de la sociedad de la información, de los multimedia, Internet, etc....en un contexto de subjetivismo y emergencia de diversos movimientos sociales que indican la búsqueda de una nueva frontera de la humanidad.¹⁷

Es fácil comprender una crisis cuando ya ha pasado. Sin embargo, es difícil situarse correctamente cuando está sucediendo. Efectivamente, cuando se hace frente a una crisis, sin unos puntos de referencia orientadores, se puede caer fácilmente en un doble peligro. El primero es la añoranza de la seguridad del pasado, que a veces, para poder escapar de los desafíos de la situación, conduce a algunos hacia una respuesta integrista. El segundo peligro es el miedo y el vértigo ante el futuro y, como consecuencia, se cae en

¹⁶ La escenografía i el guió de fondo del diálogo de Jesús con la Samaritana, descrito en el IV Evangelio (Jn. 4, 4-41), es un modelo paradigmático de superación de las crisis personales-sociales, de la transformación integral de las personas, de su apertura a la alteridad y de una vivencia religiosa postsecular. A través del diálogo interpersonal, no racionalista ni moralista, aquella mujer reconstruya su acción (v. 4-15), su afectividad (v. 16-18), su espiritualidad (v. 19-26) y, como consecuencia, su integración transformadora en la sociedad (v. 27-41).

¹⁷ En mi opinión, el concepto de “hipermodernidad” es más adecuado para describir la realidad social actual, que el término de uso común de “postmodernidad”, porque la situación que vivimos es una aceleración de la modernidad hacia un nuevo horizonte. Ver la tesina de licenciatura en Ciencias Religiosas del profesor de tecnología Amadeu Bonet i Boldú, “Tecnològica i evangeli en els temps hipermoderns”, Instituto Superior de Ciencias Religiosas– IREL, Lleida, 2009

el abandono del esfuerzo para caminar con serenidad, en la decepción afectiva, en el relativismo ideológico y, en definitiva, en la depresión.

Estos son los dos obstáculos básicos de la situación presente --el peligro del integrismo y del relativismo--, que ha de superar la Iglesia para llevar a cabo su propuesta caritativa y social ante el reto de la crisis de una manera significativa. La tentación del integrismo, o de cerrarse en si misma con una actitud a la defensiva y la tentación del relativismo, o de diluirse en un laberinto de ideas y de propuestas sociales contradictorias y sin identidad. La actitud correcta consiste en superar el miedo al cambio. Aunque no dispongamos de un imaginario suficiente para intuir la comprensión e implementación de un modelo social de futuro, podemos seguir caminando sin añoranzas ni ansiedades.

En este aspecto del análisis y diagnóstico de la realidad social contemporánea, la comunidad cristiana no tenemos ninguna ventaja, porque somos ciudadanos como los demás y estamos sometidos a los avatares históricos. La dificultad y la tensión vivida ante la coyuntura presente son inevitables y, por tanto, tendremos que seguir investigando y ensayando los caminos de superación en colaboración con los demás. En este sentido, la acción caritativa y social de la Iglesia ha de colaborar estrechamente con los otros grupos de la sociedad secular y pluralista de nuestro tiempo, y contar con la ayuda de las ciencias de la naturaleza y de la persona, es decir, de las ciencias empíricas, la economía, la sociología, la psicología, la antropología y la filosofía.

Sin embargo, la Iglesia tiene su propio terreno de investigación y de aportación al bien común de la sociedad, porque puede ofrecer unos puntos de referencia vitales y existenciales, que son los que emergen del evangelio vivido a lo largo de los dos últimos milenios y que constituyen una gran reserva de esperanza. Estos puntos de referencia ofrecen un marco antropológico y trascendente para seguir trabajando siempre, sin ceder al desánimo, a las simplificaciones y a la pérdida del horizonte de esperanza. Contrariamente a este peligro de la pérdida de identidad, como ha expresado el sociólogo Peter L. Berger, los puntos de referencia evangélicos permiten al creyente, al mismo tiempo que afronta con valor y coraje las exigencias sociales de nuestro tiempo, *“no perder el buen humor, ni la capacidad para reír y jugar”*.¹⁸ Merece la pena explorar estos referentes evangélicos vividos y experimentados a lo largo de la tradición eclesial.

¹⁸ Peter L. Berger, “Rumor de ángeles. La sociedad moderna y el redescubrimiento de lo sobrenatural”, Herder, Barcelona, 1975, pg. 169-170; “Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en época de credulidad”, Herder, Barcelona, 1994

1.- El fundamento evangélico de la acción caritativa y social ante la crisis.

El fundamento de la acción caritativa y social de la Iglesia, como ha expresado bellamente la carta-encíclica “Deus Caritas est” de Benedicto XVI, es la Caridad de Dios, manifestada en Cristo e interiorizada en el corazón de los creyentes por la acción del Espíritu.¹⁹

El evangelio expresa la grandeza y la belleza de este amor de Dios a la humanidad y lo traduce en un proyecto operativo para ser vivido en la cotidianidad. La carta magna de esta navegación de la Iglesia dentro de la historia son las *bienaventuranzas*. El camino operativo cotidiano son las *obras de misericordia*. Cuando la Iglesia mira hacia el horizonte de las bienaventuranzas, no encuentra en ellas unas recetas técnicas que hay que ir elaborando entre todos los seres humanos de la creación, sino unos indicadores para no perder de vista el horizonte y poder seguir caminando con decisión y sin miedo.

Las *bienaventuranzas* nos proponen un horizonte de acción caritativa y social hacia el que caminar que, en la medida que vamos avanzando, se va desplazando siempre más allá, porque, en definitiva, las *bienaventuranzas* describen el estilo de vida y de amar de Jesús de Nazaret, expresión total del amor de Dios.²⁰ La contemplación del “*sermón de la montaña*”²¹ es una invitación a vivir como Cristo vivió y a amar como El amó, cuando nos dejamos conducir por el Espíritu de Jesús. Expresó la urgencia de vivir este estilo de vida, una de las resoluciones aprobadas por el Concilio Provincial Tarraconense, celebrado el año 1995,²² cuando afirma e invita a:

Reavivar la tradición, tan intensamente vivida en los primeros siglos de la vida de la Iglesia, de vincular visiblemente la celebración de la Eucaristía con la caridad fraterna, insistiendo de manera particular en la relación de la Fracción del pan y la comunión cristiana de bienes, en la lógica que lleva del hecho de compartir los bienes eternos a compartir los bienes temporales, y en la coherencia que impulsa a las Iglesias ricas a abrirse a las necesidades de las Iglesias pobres.

Sin embargo el mismo evangelio traduce este horizonte de las *bienaventuranzas*, en un camino pequeño, concreto y cotidiano, a través de la propuesta de las *obras de misericordia*.²³ En ellas se invita a unir la acción, la contemplación y la celebración de la fe en la práctica concreta del amor. En definitiva, vivir las *bienaventuranzas* consiste en mirar

¹⁹ Benedicto XVI, “Deus Caritas Est”, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 25 de diciembre de 2005

²⁰ Mt. 5, 1-12; Lc. 6, 20-26.

²¹ Las “bienaventuranzas” son el corazón del evangelio. El evangelista Mateo las plantea y las desarrolla a lo largo de tres capítulos. Ver Mt. 5 – 7.

²² Resolución 77, “Concilio Provincial Tarraconense 1995. Documentos y resoluciones”, Editorial Claret, Barcelona 1996. Ver el libro, escrito a raíz del Concilio Provincial Tarraconense: Ramon PRAT i PONS, “...Y les lavó los pies. Una antropología según el evangelio”, Editorial Milenio, Lleida, 1997. Formula las bases de un proyecto global para la renovación de la pastoral eclesial. Contiene abundante bibliografía.

²³ Tm. 25, 31-46; Lc. 10, 25-37; Jn. 13, 1-17.

atentamente a la persona que tenemos delante, dejarnos interpelar por el problema de orden físico, psíquico, social o espiritual que le afecta, y dar respuesta efectiva y concreta a su necesidad. El mismo Concilio Tarraconense expresó la urgencia de esta necesidad de compromiso real cuando, a continuación del texto citado anteriormente, añade:

Instar a todos los cristianos –clérigos, religiosos y laicos— a realizar la síntesis entre la fe y vida, que fue apremiada por el Concilio Vaticano II, y denunciar la separación entre el mensaje cristiano y la práctica social, que afecta a muchos miembros y grava muchas de las costumbres de nuestras comunidades cristianas.

Este es el fundamento evangélico de la acción caritativa y social ante el reto de la crisis. Ciertamente, no nos ahorra ninguno de los esfuerzos que hemos de realizar entre todos, pero nos ofrece un fundamento, un horizonte y una esperanza para caminar sin desfallecer y para avanzar hacia un modelo de sociedad en el que la persona recupere la centralidad, y la justicia y el amor constituyan la columna vertebral de la convivencia humana.

Por otra parte, cuando la comunidad cristiana camina por el itinerario de las *bienaventuranzas*, operativas en las obras de misericordia, ya percibe en el presente muchos elementos de futuro, y experimenta una serenidad y una fuerza que impulsa a sus miembros hacia un compromiso consciente y consecuente ante la crisis y sin desfallecer. La primera carta de Juan expresa esta transformación interior de la persona, que se compromete a favor de la justicia y el amor, cuando se atreve a firmar que *“Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos”*.²⁴ En el amor intuimos la eternidad y el sentido profundo de la resurrección. Esta es, justamente, la aportación específica de la fe en la acción social de la Iglesia. Consiste en descubrir que cuando optamos por el compromiso social desde el amor profundo, al mismo tiempo que trabajamos para transformar la realidad social, también nos transformamos a nosotros mismos. En esto consiste la *“buena noticia”* del evangelio. Cuando alguien ha experimentado esta vivencia, se vuelve incombustible ante los retos sociales, el cansancio e, incluso, ante el fracaso.

2.- La Tradición caritativa y social de la Iglesia.

Si contemplamos la Enseñanza Social de la Iglesia en su globalidad, podemos observar que este fundamento evangélico está presente en la evolución doctrinal, como su eje vertebrador y de apertura de horizontes nuevos a la acción social ante las diversas crisis que han afectado a la humanidad en los últimos siglos. De hecho, acompaña este proceso, a la manera de la *“levadura en la masa”*.²⁵

²⁴ 1Jn. 3, 14.

²⁵ Mt. 13, 33.

Efectivamente, podemos decir que la Enseñanza Social de la Iglesia ha evolucionado ante los retos de la historia y ha ido pasando de *la cuestión obrera y la cuestión social, a la cuestión mundial*.

- La Encíclica *Rerum Novarum* (1891) de León XIII fue el inicio significativo de una dinámica de enseñanza social de la Iglesia que ha ido evolucionando hasta hoy, en un diálogo permanente con la realidad social, siempre fiel a sus orígenes (el conflicto de la clase obrera y la cuestión social), pero abierto desde el evangelio y la Tradición cristiana a los nuevos desafíos de la humanidad.
- Las Encíclicas *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in Terris* (1963) de Juan XXIII constituyeron un punto de inflexión importante en la evolución de la enseñanza social de la Iglesia, porque subrayan el paso de la cuestión obrera y la cuestión social a la cuestión mundial. Por otra parte, ambos documentos iniciaron un diálogo universal con la cultura social emergente en el mundo contemporáneo.
- El Concilio Vaticano II selló esta evolución de la enseñanza social de la Iglesia en las sesiones de debate dentro del Aula Conciliar y la aprobación de una propuesta global de diálogo universal de la Iglesia en el mundo, a través de uno de sus documentos más emblemáticos, la Constitución *Gaudium et Spes* (1965). El documento propone unos criterios evangélicos orientadores del respeto y amor a la dignidad de la persona, a la sociedad, la actividad humana, la misión de la Iglesia en el mundo actual, en definitiva de una iluminación evangélica de la dinámica de la liberación humana dentro de la historia, encaminada hacia la salvación.
- En este proceso evolutivo, y como un momento significativo, hay que destacar la importancia del documento final del *Sínodo de los Obispos sobre la Justicia* (1971). Es un documento sencillo, claro y profético de hace años, pero que responde básicamente a las urgencias de la situación planteada por la crisis actual. Sorprende la actualidad de los contenidos del documento
- Esta dinámica de evolución de la cuestión obrera y la cuestión social a la cuestión mundial ha quedado consolidada en numerosos documentos posteriores, que en esta ponencia no hace falta citar, pero especialmente en la Encíclica *Populorum Progressio* de Paulo VI (1967), *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) y *Centesimus Annus* (1991) de Juan Pablo II.
- Juntamente con la Enseñanza Social de la Iglesia, se ha dado una enseñanza significativa sobre la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo, profundamente relacionada con la enseñanza social. En esta perspectiva, hay que destacar entre otros numerosos documentos, la síntesis teológico pastoral de la Encíclica *Ecclesiam Suam* (1964) y de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975) de

Paulo VI,²⁶ y de las Cartas Apostólicas *Tertio Millennio Adveniente* (2000), *Novo Millennio Ineunte* (2001) de Juan Pablo II.

- El talante y el saber hacer, de esta implicación eclesial en la cuestión social sigue siendo el que expresó, de manera sencilla pero magistral, Paulo VI en la encíclica programática de su pontificado *Ecclesiam Suam* (1964), citada anteriormente. El camino de la Iglesia es el diálogo, vivido desde la Palabra de Dios, con la persona concreta, la sociedad y la cultura de la humanidad. En definitiva, este diálogo consiste en el encuentro de la Creación de Dios, la Revelación de Cristo y la emergencia de la Nueva Humanidad animada por El Espíritu.
- Benedicto XVI ha profundizado en el nexo profundo entre la enseñanza social de la Iglesia y de su misión evangelizadora, en la Carta Encíclica *Deus Caritas Est* (2005), mostrando en la primera parte del texto, el amor de Dios como eje vertebrador de la obra de la Creación y de toda la historia de la salvación, manifestada en Cristo y dinamizada por el Espíritu. En la segunda parte, justamente fundamentada en la Caridad de Dios, sitúa la vivencia de la caridad de la Iglesia, como comunidad de amor abierta a la humanidad. Este documento enlaza la justicia y la caridad, invita a unificar la fe, la esperanza y la caridad y, en definitiva, muestra las raíces evangélicas del compromiso social de la Iglesia, que no son otras que las *bienaventuranzas*. De esta manera ilumina el horizonte de la humanidad y lo abre hacia el futuro.
- La reciente carta-encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate* (2009), ilumina desde el evangelio y la gran Tradición la situación de crisis actual. En la perspectiva social y teológica de *Populorum Progressio*, responde a los retos, e ilumina signos de esperanza de nuestro tiempo. Sin duda, representa un progreso significativo en la enseñanza social para la comunidad cristiana y, también, para las personas comprometidas en la transformación de la sociedad internacional en comunidad humana universal, con la tesis de fondo de toda la encíclica: el desarrollo humano integral en la caridad y la verdad. La Encíclica, después de la introducción (1-9), enlazando con el mensaje nuclear de *Populorum Progressio* (10-20), parte del desarrollo humano en nuestro tiempo (21-33), de la fraternidad, desarrollo económico y social civil (34-42), del desarrollo de los pueblos, derechos, deberes y medio ambiente, (43-52), de la colaboración de la familia humana (53-67), del desarrollo de los pueblos y la técnica, propone una alternativa a la crisis actual basada en el desarrollo humano integral. Esta alternativa vuelve a situar a la persona humana, a su dignidad para vivir con igualdad y armonía, en el centro del desarrollo y como clave de la superación del cambio de época que nos

²⁶ Ver, especialmente, el tercer capítulo de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 29-31. Estos números del documento, contienen una formulación diáfana sobre la relación entre acción social y evangelización. La formulación va acompañada de una fundamentación, antropológica, teológica y evangélica.

ha tocado vivir. El modelo social es el que emerge de la verdad interna de las bienaventuranzas, realizada en las obras de amor.

Efectivamente, el fundamento evangélico de las *bienaventuranzas*, vividas en la *tradicción* de la acción caritativa y social de la Iglesia, nos ofrece unos principios y criterios para responder a las interpelaciones de la crisis actual y, de esta manera, ofrecer unas propuestas significativas. Entre los criterios de orden antropológico podemos subrayar algunos de los más significativos como, por ejemplo, la centralidad de la persona, la libertad, la bondad, la responsabilidad, el respeto, la discreción, la acción, la cooperación....Entre los criterios de orden evangélico, también, podemos destacar algunos básicos como la opción por los pobres, la humildad, la limpieza de corazón, el hambre y sed de justicia, la paz, la asunción del riesgo, la gratuidad... En su conjunto se resumen en abrir las puertas de la persona y la sociedad a la Caridad de Dios, pasar del narcisismo a la alteridad y, como consecuencia del amor de Dios y el amor a los demás, descubrir y experimentar la auténtica autoestima. La razón de esta integración existencial es muy sencilla: de dinero y de poder se tiene más cuanto más se guarda, pero de amor se tiene más cuanto más se da. Este es el secreto interno de la práctica de la justicia y la caridad, según el evangelio.

III.- EL “SINGULAR CONCRETO”, O LA LEVADURA EN LA MASA.²⁷

La metodología de la *lectura creyente de la realidad*, no concluye su dinamismo cuando ha observado los hechos para detectar los retos y signos de esperanza, y ha llevado a cabo un discernimiento antropológico y evangélico de la realidad observada y analizada, sino que solamente ha conseguido su objetivo verdadero cuando traduce realmente estos principios y criterios de discernimiento, en unas directrices operativas o líneas de acción.

Este paso a la formulación de unas directrices o líneas de acción, no consiste en una ruptura entre la reflexión teórica y la razón práctica sino en una articulación dinámica de la reflexión y la acción, es decir, en un diálogo permanente acción-reflexión-acción. Este es el principio general que dinamiza la propuesta caritativa y social de la Iglesia. Para ampliar y explicitar esta manera de actuar, conviene señalar algunos elementos de esta acción transformadora y evangelizadora.

1.- El primer elemento de esta acción consciente y consecuente, es el que podemos llamar el “*singular concreto*” o el principio de la *levadura en la masa*.²⁸ No podemos transformar a toda la sociedad, pero cada persona y cada comunidad viven en un lugar con-

²⁷ Mt. 13, 33 propone la parábola de la levadura en la masa, es decir de la potencialidad que tiene un puñado de levadura para hacer fermentar toda la masa. La tesis de la parábola es mostrar la manera como crece el Reino de Dios, es decir, como emerge la Nueva Mandad según el plan de Dios sobre la historia.

²⁸ Mt. 13, 33.

creto y, justamente, es ahí donde la persona creyente y la comunidad cristiana siempre pueden actuar. Este es, precisamente, el sentido del concepto “singular concreto”: el espacio y el tiempo reales en el que vive cada uno y que, a la luz de los criterios sociales iluminados por el evangelio, puede y ha de transformar.

Expresé, hace años, esta singularidad real y eficiente de cada una de nuestras vidas y comunidades cristianas con la expresión “barrer delante casa”.²⁹ Efectivamente, hace años en los pueblos, cada uno barría delante de su casa y, como consecuencia, todo el pueblo resplandecía. Cada cristiano es responsable de los talentos que ha recibido de Dios para su felicidad, que consiste en amar incondicionalmente a los demás,³⁰ de la misma manera que, también, previamente ha sido amado por Dios. En este compromiso singular concreto se pueden tejer grandes transformaciones de la sociedad como, por ejemplo, la acción realizada por Vicente Ferrer en un lugar concreto de la India y en un periodo de tiempo concreto³¹ y, como el mismo, tantas otras personas que, desde el anonimato aman de verdad. Sin embargo, el singular concreto no se ha de confundir con un trabajo de tipo individualista. Contrariamente al individualismo, es el resultado de un compromiso consciente y gozoso personal, pero elaborado, realizado y evaluado en comunidad, es decir, mediante un trabajo en red.

Entre los mayores obstáculos que bloquean a la persona en su compromiso singular concreto, y paralizan la transformación de la sociedad en comunidad, hay que denunciar las trampas de la lamentación y de la autocompasión. La lamentación es la actitud de aquellos que se limitan a buscar los culpables de la situación y a utilizarlos para auto-justificar la propia pasividad. La autocompasión es la propia de aquellos que se lamentan del daño que han recibido y, en lugar de gastar la energía en la lucha por la superación de las injusticias, se hacen daño a si mismos y, sin darse cuenta, también acaban cayendo en la trampa de la pasividad.

2.- El segundo elemento orientador de la acción caritativa y social de la Iglesia consiste en tomar conciencia de que *la acción de la Iglesia es autónoma pero no independiente de la que realiza toda la sociedad civil*. De hecho, la acción caritativa y social solamente se puede realizar en el contexto de lo que podríamos llamar *proyecto racional operativo* de la sociedad civil ante la crisis. Efectivamente, ante la situación de crisis social vivida, se va elaborando un proyecto operativo a la luz del análisis racional, es decir, con la ayuda de las ciencias humanas, como la economía, la sociología, la psicología, el trabajo social, la educación social, etc. La Iglesia, también, participa activamente en la elaboración de este *proyecto racional operativo*.

²⁹ Ramon Prat i Pons, “...Y les lavó los pies. Una antropología según el evangelio”, Editorial Milenio, Llérida, 1997, p. 241-246.

³⁰ Mt. 25, 14, 30.

³¹ Un ejemplo reciente de esta eficacia real del “singular concreto” es la ingente obra social de la Fundación creada en un lugar y un tiempo concretos de la India por Vicente Ferrer. Es cierto que se trata de un trabajo en red, pero a partir del compromiso personal de un hombre que asume su responsabilidad histórica

Si ponemos el ejemplo del Informe FOESSA³² hay que reconocer que la Iglesia, a través de esta Fundación de Cáritas, y otras muchas instituciones como el Instituto León XIII, etc., hace un aporte significativo en vista al diagnóstico social y la elaboración de un proyecto operativo de transformación social. Sin embargo, hay otros grupos sociales, como por ejemplo los sindicatos, los partidos políticos, las universidades, etc. que también analizan, diagnostican la crisis y buscan caminos de superación. La tarea es común y son necesarias todas las aportaciones, procedan de donde procedan.

La aportación más específica de la Iglesia consiste en que, al mismo tiempo que colabora en la elaboración el *proyecto racional operativo*, lo contempla y lo ilumina a la luz del evangelio y su propuesta sobre el modelo de acción social. Esta luminosidad se traduce en una energía vital que sostiene el compromiso fiel a la transformación de la realidad, que nace de la experiencia de la fuerza de la Caridad de Dios. Esta fuerza interior permite al cristiano descubrir que, cuando ha dado lo que puede a los demás, todavía ha de dar el paso de darse a si mismo, como un hermano que camina con sus otros hermanos y hermanas, y no mediante una retórica formal sino un testimonio real.

3.- El tercer elemento es la *necesidad de un diálogo solidario entre las ciencias humanas, la filosofía y la teología*, al servicio del bien común y de la llegada de unos “nuevos cielos y una nueva tierra”.³³ Cuando se habla de diálogo solidario, no se trata de mezclar los métodos propios de las ciencias humanas, con el método de la filosofía, o de la teología, sino de compartir los descubrimientos sobre la persona y su dignidad esencial, y las intuiciones sobre la sociedad y los derechos humanos, sociales, ecológicos y los derechos de Dios sobre la tierra, como garantía de las nuevas generaciones.

Las ciencias empíricas, sin la reflexión metafísica y la contemplación teológica, no pueden penetrar en el misterio escondido en el interior del ser humano, porque este paso exige la reflexión metafísica y la intuición espiritual.

La filosofía, que no tiene en cuenta las ciencias humanas acostumbra a no tocar con los pies en el suelo, y sin la teología no puede penetrar en misterio último del ser.

La teología, sin el diálogo con la ciencia tiene el peligro de vivir al margen de la Creación de Dios, y sin estar atenta a los debates racionales de la filosofía, puede quedarse fácilmente en un universo abstracto, alejado de la inteligencia, de la afectividad, de la búsqueda espiritual de las mujeres y los hombres, es decir, alejada de la humanidad.

³² La Fundación *Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada* – FOESSA ha publicado recientemente el VI Informe sobre la exclusión y el desarrollo social en España 2008, Cáritas Española Editores, Madrid, 2008.

³³ 2P, 3, 13.

En cambio, cuando se da esta cooperación entre ciencias humanas, filosofía y teología, se generan tres grandes procesos básicos para el bien de la humanidad: el diálogo/encuentro de la fe con la justicia, el diálogo/encuentro de la fe con las culturas y, en definitiva, el diálogo abierto de la fe y la persona concreta.³⁴

4.- El cuarto elemento de la acción caritativa y social, es *la vivencia de las virtudes teológicas, como el fundamento que da consistencia a la construcción real una sociedad con valores practicados en las virtudes*. La práctica de la justicia que brota de la fe, se manifiesta en la esperanza y en la capacidad de resistencia frente a las tensiones diarias y a las crisis históricas, pero solamente se hace real en el amor. El *singular concreto* del compromiso cristiano vivido por cada individuo, en el interior del *proyecto racional operativo* de la transformación de la sociedad en comunidad, en diálogo teológico con las ciencias de la persona y la filosofía, es el camino real y operativo de la acción caritativa y social de la Iglesia en el mundo. Cada persona es protagonista principal de este proceso. La acción social y el trabajo en red, no conduce solamente a una suma de compromisos, sino que además genera sentido, mejora la vida de la comunidad y, como consecuencia, multiplica los resultados.

5.- El quinto elemento que configura la acción social eclesial, es el que nace de la *unidad profunda entre la Eucaristía y la Caridad*. La Eucaristía es la expresión máxima de la Caridad de Dios, porque es la culminación de toda la vida de Jesús de Nazaret, antes del juicio, la condena, su crucifixión y resurrección, como testimonio del amor de Dios a la humanidad.

Efectivamente, la eucaristía es la celebración de la presencia real de Jesucristo, como anticipación y plena realización del compromiso de amor de Dios hacia la humanidad para siempre. Los tres evangelios sinópticos narran el acontecimiento de la institución de la eucaristía y su significación. El IV evangelio, da por supuesta la institución de la eucaristía en el marco del debate sobre el *pan de vida* del capítulo sexto. El mismo autor del IV evangelio, en el capítulo trece, saca las consecuencias de la vivencia de la eucaristía, mediante la narración del *lavatorio de los pies* y la explicación del sentido del servicio, como esencia del cristianismo.

Esta unidad entre eucaristía y caridad, como ya he afirmado anteriormente, se expresa en el simbolismo de la *fracción del pan* en el marco de la celebración de la eucaristía. De la misma manera que en la *fracción del pan*, Jesucristo se da a todos, cuando al final de la celebración el diácono despide a la comunidad con la expresión "*podéis ir en paz*", el significado de esta despedida no es una frase hecha convencional y pasiva, sino una invitación activa a la entrega total a los demás. Podríamos traducir el significado de la despedida más o menos con estas palabras: Así como Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, se ha entregado a todos en la *fracción del pan*, ahora se trata de que los que hemos

³⁴ Ver la primera parte del libro "*La caña de pescar. Un camino para explorar el misterio de la vida*" (Editorial Milenio, Lleida, 2009, p. 19-46)), en la que se analiza a fondo los límites y la complementariedad de los diferentes caminos del conocimiento sobre el misterio de la persona.

celebrado la eucaristía, también nos entreguemos a los demás y, especialmente, a los pobres y marginados de la tierra, tanto a los de nuestro alrededor como a los países del tercer mundo.

IV.- ACTITUDES ANTE LA CRISIS.

Voy a concluir esta reflexión teológica sobre la propuesta caritativa y social de la Iglesia ante el reto de la crisis, sugiriendo unas actitudes que permitan seguir el proceso, previsiblemente largo, con constancia, con eficacia y sin desfallecer. No se trata tanto de elaborar una lista teórica de actitudes racionalistas y moralistas, como de subrayar aquellas actitudes de fondo, antropológicas y evangélicas, que pueden acompañarnos y dar consistencia a la acción.

1.- *Reflexión constante.*

La lectura creyente de la realidad no es un ejercicio estático, que se hace de una vez para siempre, sino una actitud permanente que mira atentamente a la realidad diaria, para descubrir los retos y signos de esperanza de la misma, elaborar un diagnóstico de la situación a la luz del evangelio y la enseñanza social de la Iglesia y, finalmente, señalar unas directrices operativas o líneas de acción transformadora de la realidad personal y social. La mirada atenta a la realidad, el diagnóstico y las propuestas de acción deben renovarse constantemente para vivir la acción caritativa y social de la Iglesia de una manera transformadora de la realidad social y, al mismo tiempo, de una transformación de la comunidad cristiana y, también, de una transformación interna de cada uno de nosotros mismos.

2.- *Revivir la esperanza.*

Aunque hay un momento de nuestra vida en el que tomamos conciencia de la responsabilidad, que nace de la fe y se realiza en la acción caritativa y social, se trata de una conciencia social y evangélica que hay que renovar cada día, para no caer en la rutina, en la superficialidad, en el desencanto ante las dificultades e, incluso, en la frustración ante los fracasos. La fuente de donde brota la acción caritativa y social de la Iglesia es la fe. Sin embargo, la esperanza que es *la pequeña fe de cada día*, para dar una respuesta eficaz de amor ante los desafíos que emergen de la realidad, ha de ser cultivada en la contemplación de la Palabra y la celebración sacramental.

3.- *La denuncia y el anuncio.*

La reflexión constante y revivir la esperanza permiten optar por una acción eficaz y significativa. Esta acción, por una parte ha de tener una vertiente de denuncia de las causas personales, ambientales y estructurales que han generado y conducido a la crisis. Sin embargo, la acción no se puede limitar a la denuncia sino que ha de ir acompañada por el anuncio de los caminos de solución y por la práctica de la esperanza activa que ofrece

verdaderas alternativas de cambio. Podemos decir que la búsqueda de verdaderas soluciones a la crisis exige combinar bien y articular de una manera real, la criticidad y la creatividad. La criticidad es necesaria para construir una nueva sociedad, desde una base social firme. La creatividad es condición de posibilidad para buscar alternativas reales y no quedarse ante las meras palabras retóricas.

4.- *Buscar un equilibrio armónico entre la asistencia, la promoción y la utopía.*

Cuando la acción caritativa y social de la Iglesia brota de una reflexión constante, de una esperanza teologal renovada cada día, de la denuncia social y el anuncio de la esperanza, descubrimos que la acción ha de dar respuesta inmediata a las situaciones urgentes, ha de erradicar las causas que generan la situación de crisis y, al mismo tiempo, ha de otear el horizonte para abrir la acción hacia una utopía realista. Es cierto que hay necesidades urgentes, generadas por la crisis, a las que hay que responder de manera inmediata, pero trabajando para eliminar las causas que las han generado y promover una acción que de protagonismo a la dignidad de la persona como sujeto de la vida y de la historia. La condición de posibilidad de esta articulación armónica entre la asistencia y la promoción, exige ampliar la mirada hacia horizontes cada vez más amplios y abiertos, que nos permitan avanzar y plantear alternativas reales.

5.- *La convicción de que “Otro mundo es posible” y que se va edificando entre nuestros límites y los signos de esperanza.*

Hace ya bastantes años, la Confederación de Cáritas Española acuñó la expresión de que “Otro mundo es posible” y de que podemos avanzar hacia el, mediante la “Comunicación Cristiana de Bienes”. Para evitar que este eslogan no se reduzca a una afirmación formal, pero sin contenidos reales, hay que entender que este avance hacia este mundo nuevo, solamente es real cuando asumimos nuestros límites y, al mismo tiempo, somos capaces de descubrir los signos de esperanza del futuro. La conciencia de los límites nos ayuda a vivir en el mundo real. La contemplación de los signos de esperanza nos empuja a estimular a toda la comunidad cristiana a realizar acciones significativas que señalen la emergencia de este mundo nuevo.

CONCLUSIÓN.

Al terminar este discurso sobre “*La propuesta caritativa y social de la Iglesia ante la crisis*”, siguiendo la metodología de la *lectura creyente de la realidad*, podemos concluir que el objetivo final de la acción eclesial es la de acompañar la sociedad hacia una libertad liberada, es decir, acompañar la sociedad hacia el horizonte de las *bienaventuranzas*, operativas en las *obras de misericordia*, en el interior del proyecto racional operativo de

la misma sociedad. Esta acción de la Iglesia, a la manera de la *levadura en la masa*,³⁵ se orienta hacia la transformación de la sociedad en comunidad.

En tiempos de crisis, adquiere un valor especial el testimonio de la esperanza, entendida como “misterio”, es decir, como signo eficaz revelador del futuro trascendente del ser humano y del sentido de la historia. El filósofo Gabriel Marcel, expresó bellamente esta esperanza trascendente cuando formuló como eje vertebrador de todo su pensamiento esta afirmación: “*Yo espero en Ti para nosotros*”.³⁶ La firme esperanza en Dios a favor de la humanidad, comprometida y realista, vivida en el interior del proyecto racional operativo compartido con toda la sociedad, es la aportación específica y más significativa de la Iglesia ante la crisis actual.

³⁵ Mt. 13, 33.

³⁶ Gabriel Marcel, “*Dos discursos y un prólogo autobiográfico*”, Herder, Barcelona, 1967, p. 34.
